

Y éste es el espejo fiel de la existencia.... ¿Pero si la vida es sólo un punto, si el tiempo que pasó ya no nos pertenece, si es incierto y vago el porvenir, cómo dice en su profunda melancolía Marco Aurelio, para qué entonces tenemos el recuerdo? ¿de qué nos sirve la esperanza?

No se vive sino en el presente, dice el más humano de los antiguos estoicos; pero hay presentes tan llenos de felicidad, que dejan una eterna memoria de tristeza.

Tal es soñar con el arte, olvidar en las habituales faenas, trasportar la imaginación á tiempos que la distancia nos deja ver tan sólo por su lado histórico; soñar bajo un cielo puro y un sol que remeda el de la patria, y el día menos pensado meterse en un wagón, oír un silbido agudo, sentir que nos falta la tierra, ver desfilár en confusión vertiginosa las siluetas de lo que era ayer.

Esto es lo que he sentido al dejar Roma, cuando veía pasar entre el ramaje la loggia que bordó Bramante en la fachada de San Juan de Letrán, y la torre abigarrada de la moderna basilica de San Pablo. El tren marchaba con una implacable velocidad á las regiones del norte, frías, tristes, en donde la vida es ó una monotonía ó una fiebre, hacia esas ciudades populosas de nuestro tiempo, en donde el placer mismo se impone como una tarea entre los reverberos de gas y los falsos dorados de un café; y atrás quedaba la naturaleza espléndida y apacible, la tumba grandiosa de tanto recuerdo viril, el *santorum* de los poetas y de los héroes; la cuna de una civilización en que todo fué grande, hasta los crímenes y los vicios....

La noche llegó al fin: las murallas de Civitta Vecchia se reflejaban en la superficie bronceada de un mar sin oleaje, y la memoria y los recuerdos se envolvieron entre los pliegues de ese manto consolador de los dolores que se llama sueño.

—Los muros, adornados de frescos, los jardines, en los que se confunde la maleza de las rocas con el césped descuidado; los colores chillones de las casas, los bruscos contrastes de la naturaleza apacible con los medios más bruscos de la vida material que distinguen á la Italia del norte, van desapareciendo

poco á poco al acercarse á la frontera. Los jardines franceses con su regularidad y su limpieza, las casas simétricas, las torres modernas de una que otra iglesia sin estilo; la vía pública aderezada como una dama, denuncian desde luego la administración francesa, que si bien suele quitar el velo artístico de las cosas y volver monótonos los objetos y la naturaleza, la hace cuando menos coqueta, por una eterna limpieza y un ordenamiento entre afeminado y gracioso.

El horizonte, sin embargo, es el mismo: el mar dulce y cadencioso, con sus constelaciones de rápida y fugaz espuma, viene á bañar el pié de las rocas y del abismo, por el cual corre la vía férrea; la vegetación reviste las convulsiones y las musculaciones salvajes del terreno, con un manto de eterna y primavera verdura; aun luce sobre nuestras cabezas el cielo italiano con sus esplendores de azul y de oro. Las costumbres y el idioma varían en la frontera; algo del aspecto exterior caubia también, pero aun no acaba todavía la tierra del amor, de la poesía y de los recuerdos.

—No se sale ciertamente de Italia por medio de una transición brusca: parece que una dulce sombra y un perfume acompañan al viajero, en cuyo interior repercuten las armonías del suelo clásico del arte y la poesía. Y no es ciertamente ese bullicio banal de Niza y de Monaco, ni el ruido nauseabundo de

los salones de Monte-Carlo, lo que perpetúan esos dulces recuerdos; la prosa, el vicio mismo han ido allí á manchar la naturaleza bajo dorados artesones, lo mismo que el vicio romano y el desenfreno imperial fueron en un tiempo á recrear sus impudencias á las playas encantadoras de Bahía y de Puzzoli.

Al contemplar los palacios que han hecho de Niza una copia de los Campos Eliseos de París á la orilla del mar, y al considerar cómo llevan la vida del campo los Nabal de nuestro tiempo, parece que asistimos todavía á los espectáculos de la Roma Cesárea.

Ya entonces Marcial, el poeta de los punzantes epigramas, hacía un paralelo entre las casas de Faustino y Boscio en Bahía,<sup>1</sup> que pudiera aplicarse á los modernos moradores de Niza y de otros sitios preferidos por el *high-life* de nuestros días.

«La casa de campo que Faustino posee en Bahía, exclamaba el lirico latino, no tiene mirtos perezosos alineados á cordel, ni plantas estériles, ni bosquecillos arreglados, no ocupa el vasto espacio de una llanura inútilmente, sino que es la verdadera campiña rústica, rica y sonriente.

«Pero tú, Boscio, posees en los suburbios una rica quinta, en la que habita el hambre. De lo alto de tu torre ves mecerse los laureles, pero nada más que

los laureles, *sustentas á tu jardinero con pan comprado en la ciudad, ¿qué digo? haces traer á tu cortijo de nombre, legumbres, huevos, pollos, frutos y vino nuevo. ¿Es acaso esto una campiña ó una casa de la ciudad fuera de la ciudad?»*

Pero es el cielo azul, es el Mediterráneo con sus ondas y sus brisas que reviven todavía los panoramas que se han dejado atrás. Es que se tiene en perspectiva esa clásica tierra de Provenza en donde nació la poesía moderna, patria de los trovadores, albergue de los menestrales, y á la que adornan todas las galas del mediodía....

Este espectáculo dura hasta Marsella. Luego la fiebre de la vida industrial, el cielo encapotado del norte, las lluvias primaverales, las columnas de humo que se levantan de las ciudades y del fondo

de los rios, nublando las campiñas; las estridentes convulsiones de París, al cual se llega con la misma confianza con que se arriba á una casa amiga, entrevelan los brillantes recuerdos de la tierra italiana, y ya sólo se piensa en ir al rincón de algún hogar que aun conserva los tizones del último invierno, cuyo camino se reconoce muy bien; en donde nuestra ausencia parecía de un siglo ayer, y de un solo día hoy, para narrar nuestros recuerdos como se narra un sueño poblado de imágenes sonrosadas y de inefables y profundas emociones.

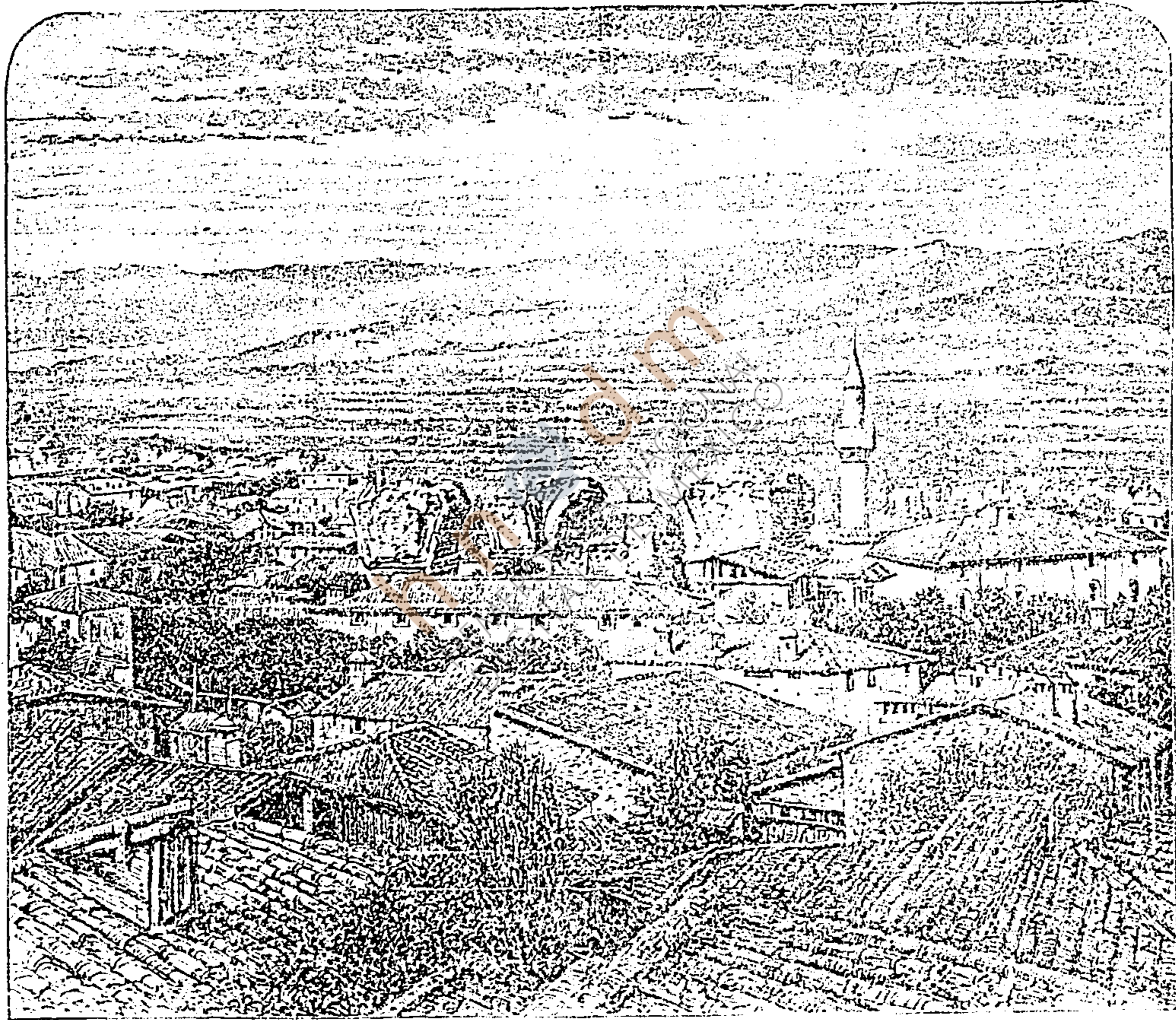
FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## VARIEDADES.

REGALO Á LOS SUSCRITORES DEL «ÁLBUM DE LA MUJER.»

Para obsequiar á nuestros numerosos y entusiastas lectores, preparamos un bello regalo que se repartirá en breve. Con el próximo número, primero del tomo 7º, empezaremos á dar interesantes novedades.

<sup>1</sup> Marcial. Lib. III, Ep. 58.



ANTIGUA FILADELFA